La escuela al centro ¿la respuesta?

Sánchez Aviña, José Guadalupe

2017-02-21

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/2597>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LA ESCUELA AL CENTRO ¿LA RESPUESTA?

José Guadalupe Sánchez Aviña
Febrero 21 de 2017

En dos entregas anteriores inmediatas he comentado sobre lo ubicuo de la educación y de la responsabilidad de ser profesor en México; hoy quisiera dedicar estas líneas a lo que la escuela como centro educativo le corresponde y muy especialmente del derecho y obligación que Todos tenemos de procurar su correcto funcionamiento. ¡Sí!, tengamos o no hijos inscritos en ellos.

Como es sabido, la propuesta del nuevo modelo educativo, señala que *“Para materializar el nuevo planteamiento pedagógico, se parte de una nueva visión que pone la Escuela al centro del sistema educativo, como espacio en donde convergen todos los recursos y esfuerzos de los distintos actores.”* (p. 16) y pone énfasis en su mayor autonomía. Esta es una opción dentro de las opciones mundiales que procuran la calidad en la educación; las otras son la comunidad una y el maestro la otra, además de una cuarta que presenta una propuesta integradora.

Dos tendencias ha seguido su aplicación: a) mayor responsabilidad de la escuela, adelgazamiento de unidades centrales o una privatización de los servicios educativos, y el sistema evalúa los resultados logrados de la escuela, existiendo el riesgo de utilizar los resultados de manera punitiva. b) descentralización con reorganización de los sistemas educativos, con base en arreglos administrativos y de apoyo técnico entre el centro y las escuelas, y la evaluación se hace por el sistema para tener elementos para definir a las escuelas que necesitan mayor acompañamiento. ¿Qué ruta se seguirá en nuestra experiencia? Ya lo estaremos viendo.

Sin duda fundamental lo que se está comentando, sin embargo, quiero referirme a un aspecto más elemental que sin embargo considero crucial en la mejora de la educación en nuestro País. ¿De quién es responsabilidad lo que sucede o deja de suceder en las escuelas? ¿De las autoridades gubernamentales? ¿De los padres de familia de los niños que acuden a esa escuela? ¿De los profesores de esa escuela? ¿De los estudiantes de esa escuela? ¿De estos cuatro actores de manera conjunta? Tal pareciera que lo más sensato es pensar que es la responsabilidad compartida entre estos cuatro actores lo que haría posible su correcto funcionamiento.

La acción coordinada entre los cuatro actores mencionados, representa un paso adelante para impulsar los buenos resultados educativos pretendidos desde las cúpulas administrativas del sistema educativo mexicano; si esto nos complace... pues ya se tiene definida la ruta a seguir. Sin embargo, si lo que se quiere es mejorar sustancialmente la educación en nuestro País, entonces es indispensable dar un golpe de timón y modificar la estructura de las decisiones en el sistema educativo

nacional. Ni la participación de los padres de familia se cumple con realizar reparaciones en las escuelas o encargarse de cooperativas o gastos de festivales, ni mucho menos la responsabilidad de lo que sucede en nuestras escuelas es exclusiva de los padres que tienen hijos en ellas.

Una posibilidad de acción para la transformación del sistema educativo se encuentra en modificar de raíz la concepción que socialmente se tiene sobre la educación: debemos avanzar en entender que la educación es responsabilidad de cada ciudadano y que representa un valor que hace posible nuestro desarrollo como Seres Humanos en contextos concretos. Para el caso específico del que aquí se escribe, significaría aceptar que lo que sucede al interior de las escuelas nos compete a todos, tengamos o no hijos en ellas. Hablamos una vez más de un ciudadano empoderado que ejerce su cualidad de constructor de ese Estado del que forma parte.

EDUCACIÓN UBICUA Y RESPONSABILIDAD CIUDADANA

José Guadalupe Sánchez Aviña
Enero 21 de 2017

Texto inicial de 2017, cuya fundamentación se encuentra en el fondo de un corazón que late asido penosamente a un resquicio de esperanza que resiste heroico, tal vez empecinado en no morir...

Emboscado por un contexto aterrador, recurro a una convicción personal básica, fincada en las posibilidades que una verdadera educación tendría para recuperar lo humano del Ser. Por supuesto que esto va más allá de la "Educación" formal institucionalizada y prostituida por un sistema educativo mexicano que opera a la perfección, sí, a la perfección pues si la pretensión es mantener una población desarraigada, sin identidad, insatisfechos, indolente, indiferente, superficial, aislada, en miedo permanente y sin esperanza de futuro... para mantenerla como masa amorfa e ignorante, incapaz de encontrarse a sí misma... los resultados son contundentes.

Para que este sistema educativo del que hablo opere con tal eficiencia, se requiere la complicidad de los diferentes actores del animal burocrático, sean empleados en secretarías de estado o sindicatos o similares. De manera complementaria pero decisiva, el grueso de la población acepta el guion del Estado y representan a la perfección el papel que se les asigna; sí, también la población es cómplice del estado tan deplorable en el que nos encontramos como sociedad humana.

Las consecuencias del éxito de ésta propuesta "Educativa", salta a la vista: no obstante los anuncios triunfalistas de los aumentos de escolaridad entre la población, existe un proceso inverso de educación; proceso, éste último, que encuentra uno de sus máximos, en el vacío provocado en los individuos, las consecuencias latentes tarde que temprano se manifiestan.

Si el aparato educativo le pertenece a quienes lo operan siguiendo sus propios intereses ¿Entonces los ciudadanos qué podemos hacer? Sin representar una receta sino una simple opinión, de un buen principio alternativo, que como dije encuentra sustento en el corazón, debemos entender que la educación es ubicua, es decir, que se da en todas partes y en todo momento, que lo que ahí sucede es tan importante o incluso más, que lo que se encuentra en las escuelas. Pero reconocer esto, implica aceptar la responsabilidad que tenemos en la educación de los demás, no solo de los niños, ni mucho menos de solo nuestros niños sino de todo niño y de toda persona que nos rodea.

Arranquemos la educación de las manos perversas del Estado, sigamos escolarizándonos, sin embargo, retomemos las riendas de nuestra vida; consideremos la posibilidad de que encontrarnos a nosotros mismos en comunidad es una alternativa de resistencia, el cuidarnos el uno al otro y nosotros mismos revierte los efectos de soledad, insatisfacción, frustración, miedo que hoy nos tienen cautivos. Dejemos de buscar fuera de nosotros lo que de sí nos define como personas humanas y que reside dentro de cada uno. Dejemos de esperar que "El gobierno" "Los redentores" "Los justicieros sociales"... hagan lo que cada uno de nosotros debería hacer todo el tiempo y en todas partes.

EL PERMANENTE RETO DE SER PROFESOR EN MÉXICO

José Guadalupe Sánchez Aviña
Febrero 8 de 2017

En la entrega pasada comenté sobre la necesidad de considerar que los procesos educativos se presentan en todas partes y en todo momento, la llamé educación ubicua y señalé que si esto es real, entonces la responsabilidad de la educación recae en cada uno de nosotros. Hoy quiero referir lo que la escuela como organización formal representa en un contexto como el contemporáneo y muy especialmente al permanente reto de ser Profesor en México.

Contexto adverso, verdaderamente adverso, sirve de marco a la actuación de la escuela mexicana, solo por mencionar algunas: la pérdida de valor social de la educación, concebida como simple instrucción en el mejor de los casos; el deterioro de la imagen social de los profesores y en general de quien se dedica al campo educativo; el grave problema de la pobreza que impone otras prioridades; lo derivado (o asociado) de las recientes elecciones en los Estados Unidos; y desde luego la violencia que impone el estado del miedo que paraliza.

¿Qué posibilidades? ¿Qué hacer desde la escuela? Algunos podrían señalar que no hay nada que hacer, que habrá que resignarse ante el peso de la realidad que nos aplasta; sin embargo, habrá otros que como yo, consideran este momento como un momento de oportunidad en el que la esperanza nos mueve.

Ante la evidencia irrefutable de un sistema educativo que no cumple con su misión de formar integralmente al Ser Humano (sea o no intención premeditada del sistema) se hace indispensable la actuación consciente y decidida de los actores educativos directos: Estudiantes, profesores, padres de familia y personal escolar.

Ha de ser desde la escuela desde donde se genere la respuesta necesaria, desde donde se forme al ciudadano capaz de tomar en sus manos su propio destino, compartido con otros; un ciudadano reflexivo y activo, un ciudadano empoderado. Suena bien ¿verdad? Sin embargo ¿Es posible esto? Sí, pero se requiere de un profesor que, en primer término se reconozca como valioso para la sociedad, que se asuma como eje central de la educación, que acepte su responsabilidad entendiendo que la educación es vocación que exige profesionalización; se requiere un profesor reflexivo y activo, es decir se requiere de un profesor igualmente empoderado.

No hay diferencia en esencia, si es normalista o no, si es de pública o privada, si atiende un nivel educativo u otro, si es rural o urbano, si es joven o viejo; todos tenemos la misma responsabilidad. No debemos perder de vista el objetivo primario de la educación, formar seres humanos; esto nos coloca en una tarea a contracorriente pero también nos brinda la oportunidad de representar puntos de resistencia ante un contexto francamente amenazante a la condición humana.

No importen lastres administrativos, provengan de dependencias oficiales o sindicales, no importe el descrédito gratuito que socialmente soportamos, no olvidemos que son los profesores de este maltrecho País quienes lo han mantenido de pie en momentos difíciles, concibamos que somos capaces de responder ante los otros. Recuperemos lo utópico de la educación, no porque no se pueda realizar, sino porque nos aporta un sentido a cada paso que damos.